

## ¿EXISTE UNA ESCRITURA DE LAS MUJERES?<sup>1</sup>

Marifé Santiago Bolaños

Quiero comenzar dándoles las gracias a las personas que han organizado este Encuentro. Y he de personalizar tal agradecimiento en Ruth Fine y su equipo, quienes con una cortesía digna de alabanza han logrado que tenga el privilegio de poder conversar, en público, con mis compañeras de mesa, todas ellas escritoras de profunda trayectoria e importantes aportaciones al tema que hoy nos ocupa.

Se nos ha pedido que la tertulia, que la mesa redonda, parta de ciertas cuestiones generales que trato de resumir: ¿hay diferencia entre la escritura de las mujeres y la de los hombres?, ¿en qué sentido puede haber influido en mi literatura el hecho de ser mujer?, ¿nos encontramos las escritoras con circunstancias distintas que los escritores a la hora de publicar, dar a conocer nuestra obra, etc.?

No puedo por menos que traer las ya ejemplares palabras de Virginia Woolf en aquella mítica “conferencia performativa” en torno a la literatura femenina: cuando hablamos de ella, ¿estamos diciendo que hay una literatura que lo es femenina, que lo es para mujeres, que está escrita por mujeres, que se dirige a mujeres? Tras el cúmulo de dudas con el que la escritora empieza su intervención, y tras un viaje intelectual tan irónico como profundo y, permítanme, político en el sentido más amplio, concluirá con aquella máxima: una mujer no puede ser escritora si no tiene una habitación propia y un dinero propio que le permita independencia, esa es la premisa de la que ha de partir cualquier reflexión sobre “la literatura femenina”.

A todo ello, de un modo sucinto, querría referirme.

En lo biológico, la especie humana nace muy pronto, demasiado como para convertirse en un miembro exento e independiente del grupo. Acabo de proferir una obviedad, pero permítanme que extienda lo que esto significa para el tema que nos reúne, al que quiero circunscribirme a pesar de que no nos quedará más remedio que recorrer otras sendas menos directas. Por ello, me valdré del carácter metafórico del lenguaje. Al fin y al cabo, una metáfora es, como indica su etimología, una figura que “transporta”; al hacerlo, permite que el viaje de las palabras en el pensamiento incorpore algo excluido del razonamiento logocéntrico, pero absolutamente indispensable en el pensamiento creador: sentimientos, afectos, “razón poética”, por valerme de la terminología de la filósofa María Zambrano, quien de un modo radical e insuperable ha pensado sobre este asunto. Volveré a ella en más de una ocasión. Sin duda, la imagen en la que nos vamos a acabar situando se parece más a un laberinto, con lo que la meta no es hallar el centro, sino llegar al centro y salir de nuevo al exterior. La meta es salir, lo que implica “desandar el camino”. La memoria, entonces, será otro de los hilos entregados por Ariadna para esta intervención.

Cuando Virginia Woolf plantea su conferencia en los términos que, una vez escrita y re-creada, lo hace, va a acercarse, con entrega y responsabilidad, a los lugares donde se conserva el conocimiento aceptado de un modo canónico. Un ejemplo absoluto: enciclopedias indiscutibles en indiscutibles bibliotecas de universidades indiscutibles. En ellas, espera encontrar referencias clarificadoras que, a una mujer escritora, le permitan mirarse. Pero solo encuentra, en ese centro al que no es fácil, en

---

<sup>1</sup> Puesto que la intervención tuvo lugar dentro del marco de una mesa redonda quisiéramos mantener, en este texto readaptado para su publicación, aquel estilo de tertulia, con sus aportaciones llenas de opiniones y réplicas inevitables. Todas son características que pertenecen al estilo de la jornada, y no hemos querido renunciar a ellas.

absoluto, llegar, tópicos sin contrastar que, por lo mismo, vienen a reproducir un imaginario nacido de contextos generadores de opiniones; opiniones que pretenden ser ley. Y un juicio de valor y del valor de la escritura “femenina”. Entrecomillo la palabra porque en esas comillas está parte de la metáfora en la que quiero proponerles viajar. Virginia Woolf ejerce de partera, como lo hiciera Sócrates. Pero es que Sócrates es el filósofo que no escribe, aquel cuya palabra-pensamiento (no olvidemos que el término logos en griego significa ambas cosas) llega diferida, interpretada por su discípulo Platón, quien lo hace sujeto protagónico de sus diálogos. Diálogos que son textos con un formato más próximo al del teatro que al de la investigación oficial, y que si bien por su forma lleva a una experiencia interesante en quien lo lee, pues tiene la sensación de estar asistiendo a un debate abierto del que, como espectador o espectadora, es participe, a la vez entrega la barrera imaginaria y protectora que la creación permite, de modo que la contemplación del hecho inserta la exigencia estética de “teorizar”, o sea, de contemplar con detenimiento cada detalle exhibido. De nuevo la etimología nos desvela matrices originarias importantes. Pues bien, es el propio Sócrates-Platón quien nos intenta demostrar “dialogando-pensando” que es la educación de la que las mujeres están excluidas la que impide su entrada “normativizada” en el terreno donde se crean las normas, es decir, la polis. Pocas veces se repara en este texto, pasando por alto un principio que, de tenerse en cuenta, exigiría una plena reescritura de la historia.

Virginia Woolf se pregunta el porqué de tanto odio y violencia latentes en definiciones y puntos de vista hacia la escritura de las mujeres, hacia las mujeres. Las enfadadas, dice, tendríamos que ser nosotras y no quienes, a regañadientes, y casi con una actitud vengativa incorporan juicios en lo que, después, se convertirá en el canon desde el que valorar-juzgar una obra.

Y aquí retorno a la obviedad de inicio: nacemos demasiado pronto. Dependemos tanto, que lo biológico inevitable se difumina en lo construido socialmente a partir de esos principios de la naturaleza. El cuerpo es habitado por enseñanzas conscientes e inconscientes, definido en un contexto social específico que, a su vez, arrastra toda una carga física y simbólica que cede como marco de referencia, pero que acaba siendo una imposición que, de alguna manera, libra del sentimiento humano de orfandad. Lo social nos hace “personas” –retorno a la etimología–, figuras sociales que se presentan, a modo de máscara-personalidad, ocupando el lugar que corresponde a cada cual. En la primera división exigida, porque clasificar es parte del mantenimiento de un sistema, siempre desde lo binario que la lógica estricta parece requerir, se nos “personaliza-clasifica” como hombres y mujeres. Lo biológico macho y hembra se hace hombre y mujer, conceptos estos culturizados. De modo que, a pesar de que la cultura ofrece la posibilidad simbólica de desandar el camino, los trazos reales e ilusorios que se van dibujando y que exigen acciones heteroaprendidas, sigue recordando algo ancestral, muy primitivamente biológico a lo que no se ha acabado de situar en el lugar que le corresponde. Las mujeres no hemos sido ciudadanas, personas por tanto, hasta hace muy poco tiempo, éramos lo privado-misterio, lo que reproduce el mundo humano desde su inicio, lo que no acaba de despegarse de la minoría de edad, éramos las que conservábamos, las cuidadoras y, al tiempo, las que por eso mismo han de ser protegidas y, socialmente, dependientes. En nuestro papel de conservadoras, se nos responsabiliza de la transmisión de un imaginario construido sin nosotras. Justo Virginia Woolf escribe con ese clamor muy próximo, participando en esa inaugurada imagen pública tan reciente en su biografía histórica: el sufragio femenino, la herramienta “pública” para ser personas, para estar en lo público tomando decisiones de forma y fondo. Para cambiar el mundo, permítanme esta afirmación. Hemos tenido que reclamar nuestra habitación propia, hemos tenido que señalar la impronta que una independencia económica significa en el camino público hacia la igualdad. Sin voz ni palabra que se escuche, como Casandra, cada parcela de construcción personal ha tenido que hacerse a costa de renunciadas que, a la vez, iban librando de cadenas desconocidas para nosotras mismas, de culpas heredadas.

Hay algo más. Nuestra historia como ciudadanas es escasa en el tiempo, y ha tenido que discurrir este para que seamos conscientes, como “personas” que habitan y construyen el espacio de lo común, que también se aprende a ser mujer, que también heredamos patrones conductuales y que, por eso mismo, siendo como es herencia inconsciente, también el territorio de la creación está prisionero en tal espacio mental.

Pertenezco a una generación de mujeres españolas que creció y se formó en democracia. La democracia, dice María Zambrano, es ese orden social –más parecido al orden musical que al arquitectónico– en el que no solo está permitido ser persona, sino que ser persona es una exigencia. Esto es muy importante, implica responsabilidades que, en demasiadas ocasiones, ignoramos u obviamos, pero cuyas consecuencias son determinantes. Si persona es un término político, es decir, que cobra sentido y plenitud solo en la polis, en el espacio de lo común, en ese lugar convenido que nos hace ciudadanas hacedoras de la *civitas-polis*, la acción práctica será lo que determine nuestro lugar. Pero también esa razón práctica, por tomar la terminología de Kant, se aprende, se pacta, se conviene, se sueña... Es importante este último término: se sueña. El sueño de la razón pura produce monstruos. El sueño de la razón práctica, como ha de ser un sueño activo, determina la forma, el terreno y la vida del espacio de lo común, solo será monstruoso por nuevo e inesperado; hay un pequeño giro en la acepción y en la consecuencia. Si la mitad de la población “activa”, es decir, si la mitad de las personas mujeres, no tejemos ese tejido compartido, será un tejido-texto-relato no solo demediado, sino falso. Falso para los hombres y para las mujeres porque no responderá a la totalidad de ángulos, matices y requerimientos que un espacio compartido requiere. Pensemos que esa es la historia de las mujeres, una historia de adaptación a un medio creado sin nosotras; una historia escrita, por tanto, con una palabra que no se corresponde con nuestra palabra pues ha nacido de un logos específico que no ha contado con la diferencia. Una diferencia que, por cierto, cada vez que se ha hecho un lugar por derecho propio, ha ampliado el derecho de todo y de todos. Porque los derechos humanos tienen la virtud de hacer más grande la materia de la dignidad, esa que no es mensurable en kilómetros o en otros sistemas de peso y medida, pero que se reconoce porque sostiene la mirada de quien no somos sin temblor ni reto.

A la mayor parte de las mujeres de mi generación le costó mucho aceptar que formábamos parte de otra historia no escrita, que había que desentrañar entre los escombros de quien no ha tenido la opción de elegir. Llegamos, incluso, al terreno de lo público convencidas de que la igualdad era un hecho incuestionable y logrado. Y tuvimos que irnos descubriendo en ese pálpito inconfesable de la culpa, a la que me refería antes. Culpables por querer ser. Culpables por no reconocernos en los modelos de mujeres que podrían haber sido espejo donde crear nuestra propia imagen, ya fuera por empatía o por rechazo. Los espejos sociales devolvían rostros donde era muy difícil reconocernos, y cuando buscábamos, ignorando demasiadas veces el lenguaje con el que tendríamos que referirnos a lo intuido sin palabra común, brotaban palabras que hacen daño, como egoísmo, inconformismo vacío, miedo. No encontrábamos la forma en la que cabían nuestras inquietudes, teníamos que buscar referentes en la lejanía del tiempo y en la lejanía del espacio. Porque siendo, es verdad, la primera generación educada en democracia tras una larga dictadura cargada de ideología excluyente, nos faltaban imágenes y textos que, descubrimos después, la propia ideología totalitaria se había esmerado en hacer desaparecer para que no quedara rastro.

Tuvimos que hacer un verdadero ejercicio personal, concebir una verdadera red de sororidad para decir, en voz alta, que queríamos nuestra habitación, que no solo teníamos derecho a ella, sino que teníamos el deber de habitarla. El deber por respeto a la memoria de nuestras españolas “abuelas intelectuales” que, en las primeras décadas del siglo XX, se sumaban al sufragio de sus hermanas europeas y norteamericanas, creaban experiencias compartidas, espacios de diálogo y encuentro memorables y ejemplares, sin que se preguntara, para participar en ellos, ni filiación política o religiosa, ni procedencia. Me gustaría poder recordar el Lyceum Club, la Liga de Universitarias Españolas, el compromiso por sacar de lo académico el pensamiento escribiendo en prensa, desarrollando tertulias, siendo disidentes creativas de un sistema que las menospreciaba llamándolas “modernas de Madrid” o “sin sombrero”. Clamaban contra la guerra que siempre es un hecho de masculinización social, unían sus voces para que cada sencilla Casandra pudiera repetirle a cada supuesto heroico Héctor que la guerra es un combate que causa lágrimas, y acaba con la derrota de todos y la esclavitud silenciosa, una vez más, de las mujeres. La guerra era literal y traía la descarnada evidencia de muchas otras guerras menos visibles pero que desembocaban en la infamia de la violencia. Para jóvenes mujeres de mi generación, en la España democrática que revisaba una historia de oscuridad, la mirada se detenía en territorios de una historicidad que no habíamos podido compartir, pero donde suponíamos que estaba nuestro verdadero lugar, siempre cosmopolita y abierto,

capaz de liberarse de ataduras hasta el punto de no reconocerlas siquiera. Y, sin embargo, también aquellos espejos entregaban rasgos donde lo borrado era, curiosa y alarmantemente, muy parecido a lo que en los espejos cercanos tampoco estaba.

Pero tuvimos, además, que hacer un ejercicio de ciudadanía aún más complicado cuando la palabra que crea mundos, es decir, la creación literaria o poética, se nos hacía una evidencia en el alma, siempre más poderosa que la razón. Ser mujer y ser escritora es algo confuso, hay quien ironiza que ser mujer artista es una contradicción. Porque entendíamos, de un modo romántico, que escribir sucede “más allá del bien y del mal”. Con la ingenuidad que caracteriza a quien se cree Adán que comienza, no nos dimos cuenta de que, en realidad, éramos Eva, o sea, la primera disidente simbólica. Y éramos Casandra, y éramos Artemisa y éramos Atenea, Antígona y Ruth. Todas ellas figuras que el imaginario designador había concebido para educarnos en lo personal y en lo social, sin reparar en que ellas mismas traían la respuesta a las preguntas que, en silencio o en la cómplice experiencia de la amistad íntima, éramos capaces de formular. Y entonces ocurrió lo inesperado y, sin embargo, “natural”. Estábamos igual de solas, éramos igual de huérfanas en la experiencia de la creación que en el resto de las esferas compartidas. Nuestro soñar lo era con imaginarios prestados o impuestos, nuestra habitación del pensamiento estaba construida por otras acciones que no eran nuestras, que nos daban una llave aparentemente incuestionable. Tuvimos que inventar un lenguaje propio con el que decir aquello que no podía ser dicho todavía, y leer entre las líneas de grandeza de otras que, como nosotras, habían tenido la misma experiencia sin verbalizarlo. María Zambrano dice que se escribe para conservar la soledad en que se está, y que justo aquello que no puede decirse es, precisamente, lo que se tiene que escribir.

Escribir es dar testimonio, es sellar un pacto con el tiempo. No se trata de comunicar, en el sentido más superficial del término. Salvo que entendamos que lo que se ofrece en la escritura llega de un mundo al que hay que prestarle toda la atención, pues se trata del mundo de la vulnerabilidad, el mundo donde están en vela esas palabras que impregnan la vida de grandeza. Y donde, también, han sido lanzadas aquellas palabras-circunstancias que no tienen cabida, porque ponen en peligro la vida o porque la niegan. Lo que se escribe trae lo no nacido o lo que no se deja que nazca, pero también lo que duele y destruye. Y tanto en la actitud del relato, tan distinta a la actitud de la poesía, se ofrece a ser observado y compartido, a ser “teorizado” y, por lo tanto, a colocarlo delante de nuestros ojos cívicos y anímicos, ante el pensamiento y los afectos para que se obre ese extraño desorden perturbador que acaba restableciendo un orden, de nuevo, más parecido al musical que al arquitectónico. Qué sentimiento de impotencia, de pánico me atrevo a decir, cuando fuimos conscientes, escritoras, de que carecíamos de palabras propias para decir amor o lealtad, belleza o envidia, terror o alegría. De que las palabras que se posaban en la escritura llegaban envueltas en la fragilidad de quien se sabe, inevitablemente, ajeno, extranjero. Y si bien estoy hablando de una experiencia que, de algún modo, compartimos escritores y escritoras, en nuestro caso, en el de las mujeres escritoras, en el de las poetisas, requirió un desnudamiento teórico ejemplar y la ruptura con el más poderoso de los eslabones de una cadena: aceptar que la escritura no es hombre o mujer, pero que quien ejerce de mediadora o hacedora, quien escribe sí lo hace, inevitablemente, con género.

Hace unos años se me pidió un artículo para un periódico que, en su sección cultural, le dedicaba un especial a la publicación, en español, de *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. Revisé la edición que, con traducción de Julio Cortázar, se publicó en España mediando los años 80 del novecientos. Doy este dato porque, como querría compartir con ustedes, revela con nitidez todo el recorrido que he querido hacer hoy aquí, a pesar de la limitación evidente del tiempo. Justo leí *Memorias de Adriano* tras haber llegado a Yourcenar en uno de los cursos que elegí en mi doctorado en Filosofía, titulado “La literatura y el mal”, que impartía la que considero una de mis maestras, la doctora Ana María Leyra. Esto debe estar ocurriendo allá por 1985 u 86. En este curso, la profesora nos propuso leer, entre otros textos, *Alexis o el tratado del inútil combate*, de Marguerite Yourcenar. Con estupor, asistí en cuerpo y alma propios a la experiencia estética de leer sobre asuntos que no imaginaba que pudiera escribirse, a la intimidad bellísima al ser compartida en la escritura por una

mujer que hablaba como no había yo leído nunca que se pudiera hablar. Amor, deseo, maldad, miedo, la muerte y la vida aparecían, entre las líneas de sus relatos, en una tonalidad que había solo intuido, yo joven de veintimuy pocos años, convencida europea liberada, profunda lectora con herramientas soberbias, las que la soberbia de la razón ofrece a quien estudia Filosofía, etc., etc.; que solo había intuido y, sin duda, sentido en los versos de aquellos poetas muy amados entre los que, no había reparado en ese hecho, había muy pocas poetas. Pues bien, tras *Alexis* llegó *Memorias de Adriano*. Y lo que no recordaba la escritora adulta que hoy les habla, es que Yourcenar incorpora una especie de diario que recoge las luces y sombras, las dudas y decisiones, de su proceso creativo. Lo había olvidado. Los mecanismos de aprendizaje inconscientes funcionan incluso cuando estamos alerta. Lo había olvidado. El libro, como sabemos, está escrito entre 1948 y 1950, un periodo crítico de la historia del mundo que no nos hace falta relatar aquí. Y justo en ese momento, una mujer, Marguerite Yourcenar, pseudónimo que le permite escribir “lo que no puede decirse”, quiere y necesita con urgencia hablar sobre el poder, hacerlo en primera persona, tomando la voz de alguien que lo ha tenido y que, por lo mismo, ha podido ejercerlo, tomar decisiones. Ella es una mujer, no lo ha tenido, no ha podido siempre tomar decisiones; es, además, lesbiana, lo que significa que es voz sin voz entre los sin voz dentro de un sistema que regula el ser y el estar. No, yo había olvidado o, mejor, había creído olvidar pero había interiorizado de un modo profundo, lo que con tanto esmero subrayé entonces en aquella lectura de su cuaderno de escritura. Yourcenar quería hablar sobre el poder, y hacer creíble su palabra significaba que tenía que elegir la voz de alguien canónicamente aceptado como poderoso, y valorado de un modo absoluto dentro del *ranking* de éxitos sociales. El emperador Adriano parece incuestionable. Las sombras de Adriano se esquivarían porque el fin-poder justifica los medios. Nadie cuestionaría su eficacia, sus logros; las medidas oficiales dan buena nota pública a sus actos, si alguna vez hay crueldad en el ejercicio del poder esta se justifica. El poder no admite afectos. Sin embargo, hay amor, hay fuera del orden. Es igual: Adriano es hombre. Y Yourcenar nos cuenta que querría haber elegido un personaje histórico femenino; histórico para que la distancia pudiera hablar de su presente más inmediato. Pero haberlo hecho así, haber encontrado una equivalencia posible, en la historia oficial, con Adriano pero en mujer habría propiciado un juicio a la mujer y no a la estratega, y lo que es supremo ejercicio de voluntad habría parecido frivolidad o capricho. Y el bien y el mal habrían entrado en el juicio de la historia que, de inmediato, habría universalizado lo personal en detrimento del ejercicio del poder por parte de las mujeres.

Es importante no perder de vista este hecho. Las mujeres llevamos, en la espalda y en la frente, este tópico. El amor de Adriano hacia Antínoo hasta llegar a deificarlo y rendirle culto puede entenderse como un acto de viril lealtad incluso encomiable. Si hubiera sido una mujer, ejerciendo un poder que no le corresponde “por nacimiento” como fémica, habría parecido una despreciable veleidad. No quiero entrar en detalles históricos, ni en matices, que los hay. Quiero, tan solo, recurrir a esos ejemplos casi de carácter metafórico que nos permiten recorrer un mapa de ideas mayor que el que esta jornada nos permite. Un mapa que, desde luego, requiere mucho más tiempo y debate que el que tenemos.

Como conclusión abierta, casi como inicio del debate pendiente –que es el nombre que en “Clásicas y Modernas. Asociación por la Igualdad en la Cultura”, de la que soy vicepresidenta, le damos al encuentro anual en torno a un tema que requiere una consideración activa y transformadora–, señalo que iniciar nuestras intervenciones públicas destacando convencidas que no hemos padecido ningún tipo de discriminación como mujeres escritoras revela lo que la filósofa y teórica feminista Amelia Valcárcel llama, con tanto tino como ironía, “síndrome de la abeja reina”, algo como decir que “esa mujer ha tenido suerte” y la atribuye a sus propios méritos, cuando la suerte es la sustituta capciosa y esclavizadora de la justicia, la que la frena porque la oculta. Queremos sociedades y relaciones en las que la suerte se llame justicia, y por lo tanto deje de ser suerte.

Las cifras, que parecen ser medidas muy objetivas y, por tanto, ofrecen datos suficientemente amplios como para teorizar y actuar, siguen señalando la escasez de grandes espacios públicos donde la presencia de las escritoras sea pareja a la de los escritores, todavía la crítica literaria se ofrece, con total impunidad, sin perspectiva de género. Y, algo esencial, los jurados de los premios, así como los consejos editoriales, siguen teniendo la paridad como una quimera. Sería muy bueno revisar también

conceptos como premio y su aureola de brillantez y bondad, que forman parte del territorio del mercado y de las relaciones mercantiles pero quizás no tan claramente del terreno de la creación. Pero, no vamos a ser ingenuas, la posibilidad de compartir lo creado y el derecho a la escritura también como acontecimiento público, también está sometido a leyes que siguen definiendo en virtud de intereses que se pretenden canon incuestionable. Lo honroso y lo interesante está en comprobar que las derivas se cambian cuando los jurados son igualitarios, cuando los consejos editoriales lo son también, cuando la crítica se ejerce con perspectiva de género. Estos deberes generan extraordinarios derechos, y aquí también las cifras ofrecen su demostración, no solo porque se rectifica una desigualdad histórica, sino porque en ese ejercicio cívico empiezan a aparecer nuevos imaginarios, reflexiones inesperadas, espacios de lo común en los que se había evitado, por hábito o por intención, la desigualdad y sus dolorosas consecuencias, así como alternativas de convivencia que, de otro modo, permanecerían en la imaginación o el deseo, en lo privado pero no en la acción práctica. Nuevas voces y nuevas palabras traen derechos insospechados, destierran miedos atávicos y señalan una libertad maravillosa que permite, como decía antes, que la suerte, que siempre tiene un componente heroico y épico que violenta y desprecia a quien no la tiene, se convierta en justicia. La suerte es inesperada, una especie de designación del destino. La justicia, por el contrario, contagia la dignidad, y entonces ya no hace falta suerte ni se requieren heroicidades ejemplares para vivir. Lo heroico, entonces, recobrará su sentido primigenio, el de mostrar espejos donde mirarnos y reconocernos, donde sentirnos menos solas, donde la tarea compartida sea otra muy diferente porque el territorio de lo común es materia real que acoge y no patria figurada que selecciona desde el prejuicio. Las palabras traen a la luz requerimientos de la sombra. Y la sombra es cobijo y madriguera, intimidad que no pierde ni se sacrifica. Curiosamente “madriguera y ética” son palabras muy próximas...

He seleccionado dos fragmentos de dos de mis obras. El primero de los fragmentos pertenece a mi libro de poemas *El día, los días* (Santiago, 2007: pp.33-49). No quiero hacer una exégesis del texto, lo que siempre es, en todo caso, *a posteriori* de la creación del mismo. Solo señalar, para que se entienda la razón “poética” de mi elección para concluir mis intervenciones, que en el libro confluyen la temporalidad individual de un presente absoluto –el día–, con la presencia evocada de la memoria y del porvenir –los días–. Voy a leer el “tercer día”, en el que “la ciudad más mía”, la ciudad más suya, amigas y amigos, se presenta como el espacio simbólico de la escritura, en el matiz y el detalle de los hilos que el tiempo deja a nuestro alrededor y a nuestro paso. Volver es, como he dicho en algún momento de mi intervención, des-andar el camino de una geografía del alma que, inevitablemente, es laberíntica y en la que habita nuestro minotauro, pero también se ofrecen hilos “sanadores” de esa intangible suposición que es el destino o que es la voluntad. Poder como *amor fati* compartido en la experiencia y en la actitud poéticas<sup>2</sup>.

### TERCER DÍA

**HAY** un regreso al vientre de la ciudad más mía: donde fuimos niños y soñamos; donde los libros ilustraban los sueños con ojos llenos de manos y de torres y de dedos amantes.

**LA CIUDAD** donde después crecimos. Donde un día los libros se parecían a nosotros, y las ventanas entornadas empezaron a decidir, a leer testimonios que oscurecían los jardines.

---

<sup>2</sup> Los fragmentos que se ofrecen a continuación van separados en la publicación de estas actas, tanto en *El día, los días* como en *La canción de Ruth*, por una línea de puntos para separar unos de otros. En la edición de ambos libros, esa línea es, en realidad, un salto de página.

**LA CIUDAD** donde niños diminutos se escondían bajo las sábanas y poblaban con fiebre su colegio, aquel que contenía la Vía Láctea y a todos los poetas anónimos.

.....

**AQUELLOS NIÑOS** de veranos y lápices de colores; aquellos niños que hablaban solos, en voz alta, a la hora de la siesta; que saludaban, al concluir, para abandonar la ceremonia del juego y de la fantasía con agradecimiento.

**AQUELLOS NIÑOS** que tenían siempre sed y sudaban tan intensamente como se reían, como se asombraban, como se quedaban dormidos.

**AQUELLOS NIÑOS** del fondo de las maletas inútiles que se han quedado rezagados en una antigua estación de metro, que no saben salir y acaso lloran pero nadie los oye y es la cordura quien suple su ausencia con una lógica ininteligible y mediocre.

.....

**HAY** un regreso al vientre de la ciudad más mía, la de los vagabundos y el sol flotando sobre las aguas de los parques.

.....

**LA CIUDAD** de los símbolos y de los periódicos envejecidos; la de las palomas y los ancianos desayunando silencios.

**DONDE** aquellos niños que un día fuimos han desaparecido en el laberinto de los barrios cuya geografía es inverosímil.

**DONDE**, a veces, un escaparate cerrado quiere salvarlos, pero siempre es muy tarde en la ciudad, muy tarde en la memoria, muy tarde en los relojes y en la tapa de los cuadernos.

.....

**LA CIUDAD** donde las palabras hablan del río y el río habla de los pensamientos y los pensamientos hablan de las obligaciones y las obligaciones hablan de la tristeza de las guitarras y de los acordeones a la puerta de un teatro.

**LA CIUDAD** donde los padres no llegan a envejecer y los semáforos gimen ante el bellissimo crepúsculo, cuando se desvanecen los niños solitarios y la noche se embriaga de dudas y de miedos y de los rostros de tantos lejanos amigos.

**LA CIUDAD** pródiga en cafés, la que entierra años como se entierran tesoros o las raíces de los árboles.

**LA CIUDAD** donde lo que queda cabe en un bolsillo y lo que ya no está necesitaría millones de citas para no desaparecer en el naufragio.

.....

**LA CIUDAD** donde un té no tiene prisa y escribe en la lengua universos de soledad y calma, de tristeza y amigos.

**DONDE** la lluvia toma decisiones sobre la naturaleza de las cosas.

**DONDE** los pañuelos de seda acarician el cuello, el pecho; pero también señalan fronteras entre el mundo y la vida.

.....

**LA CIUDAD** donde los mares no tenían nombre, tan sólo sal y presentimientos.

**DONDE** la distancia entre la tierra y nuestras manos era la medida de todas las cosas.

**DONDE** Amor, Jugar y Sin embargo llegaron a ser rutas de cuentos imposibles, fidelidades intransigentes, nada compartidas.

.....

**LA CIUDAD** donde la longitud de los inviernos se alimenta de nostalgia y porvenir.

.....

**HAY** un regreso al vientre de la ciudad más mía, desde la que mi alma y yo jugamos con el tiempo a tejer mundos.

.....

Y el otro texto que quiero compartir con ustedes pertenece a mi novela *La canción de Ruth* (Santiago, 2010: pp. 11-12). La novela cruza, de un modo simbólico, dos historias que acaban siendo, en el territorio de un Madrid de la posguerra española, es decir, a partir de 1939 año del comienzo de la II Guerra Mundial y hasta la actualidad, las biografías personales y afectivas de dos familias unidas en lo simbólico que Sefarad contiene. El exilio como patria, que diría María Zambrano, tanto exterior como interior, el silencio impuesto a quien en la marea de una historia fratricida, de la que somos hijas todas las personas que estamos hoy aquí, con independencia de la edad, las biografías y la procedencia individual, y la obligación moral de decir en lo escrito lo que en el espacio de lo común no puede, o no ha podido decirse. Una historia de mujeres cuyos secretos invalidan toda existencia porque la merman al aceptar como inevitable lo que no tendría que haber existido. Silencios y aceptaciones que son la siniestra herencia entregada a las mujeres que llegan después. Es la canción de quien recoge lo que las cosechas dejan en los caminos, y en su guardar lo abandonado permite que se restituya, inmensa, la



posibilidad de un mundo de colaboración y no de competencia, de paz y no de enfrentamiento, de vida y no de muerte. El “Quinto Tratado” de *La canción de Ruth*, que está dividida con la nomenclatura de *El Zohar*, resuelve el argumento a modo de oraciones, de súplicas y entregas, por lo tanto. De palabras transformadoras. Con ellas, acabamos esta intervención, reiterando mi agradecimiento a la organización y a las amigas con las que he tenido el placer de compartir este coloquio.

## QUINTO TRATADO

### ORACIONES

#### I

Que las flores esparcidas por las vías del tren limpien la infamia.

Que sanen las heridas que la estrella amarilla ha dejado sobre la palabra “amigo”; que la palabra “amigo” abandone el sótano donde se esconde de la muerte.

Que mi madre vuelva a tener el cabello oscuro. Que mi padre vuelva a tener los brazos firmes.

Que no me manden callar cuándo pregunto dónde se han ido algunos de los hombres y de las mujeres de nuestro barrio; que no me manden callar cuando pregunto por qué no voy al colegio.

Que mi madre deje de llorar cuando regala sábanas y vestidos y mi padre cierra la maleta.

Que mi padre y mi madre dejen de hablar muy bajo para que yo no los oiga.

Que resucite la niña que encendía conmigo las velas de fiesta. Que resucite la abuela que me cantaba canciones el día de mi cumpleaños. Que resucite aquel pariente que me regaló un caballo de madera y me contó el cuento de Don Quijote y de nuestra lengua de regazo y memoria.

Que mi madre abra la ventana que da al jardín porque ha dejado de oler a fuego. Que mi padre no vuelva a taparme los ojos para que yo no vea ciertas cosas. Que se me olvide la angustia del anciano que nos gritaba “desgracia, desgracia”.

Que sanen las heridas que la estrella amarilla ha dejado sobre la palabra “amigo”; que la palabra “amigo” abandone el sótano donde se esconde de la muerte.

Que las flores esparcidas por las vías del tren limpien la infamia.

Así sea. Así sea.

.....

#### II

Que los maestros de estos niños no se rindan; que sigan inventando, para estos niños, el futuro.

Que la bondad guarde la desdicha y la grandeza de estos dibujos; que el candor dé testimonio de tanta tristeza indeseable.

Que los huérfanos, que los abandonados, que los que tuvieron que decir adiós para siempre ignoren el odio, abominen de la venganza.

Que los más pequeños dejen de despertarse cada noche porque, en la pesadilla, vuelven a bombardear la ciudad.

Que aquella niña recupere la voz y sea capaz de aceptar la sangre que desfiguraba el rostro de su madre.

Que ciertas palabras podridas no golpeen sus labios de niños; que la tierra las transforme en polvo.

Que amanezca a la orilla del mar, en Valencia, y Basilisa deje de hacerse preguntas que el agua salada no responde, que no responde el azahar en los huertos.

Que estos niños tejan, entre todos, un manto de imaginación que abrigue su infancia mutilada.

Que los maestros de estos niños no se rindan; que sigan inventando, para estos niños, el futuro.

Así sea. Así sea.

.....

### III

Que el destino proteja a mis abuelos en Israel.

Que el destino proteja a mi tía Basilisa en Rusia.

Que el destino proteja a quienes pasaban la frontera temblando.

Que el destino proteja a quienes perdieron a sus amantes, a sus hermanos, a sus padres en la ignominia de las fosas comunes.

Que no enloquezcamos, que no enloquezcamos.

Que el destino proteja a los niños que se tragan la soledad, que enmudecen de dolor animal, que se quedan dormidos de tristeza y cansancio adulto.

Que el destino proteja a las mujeres que no conocerán el amor porque les destruyeron la grandeza de sentirlo.

Que no enloquezcamos, que no enloquezcamos.

Que el cuerpo famélico del prisionero, que la vejez avasallada, que el llanto y la súplica de un pequeño torturado recompongan el altar de la decencia.

Que no enloquezcamos, que no enloquezcamos.

Que el destino proteja a mis abuelos en Israel.

Que el destino proteja a mi tía Basilisa en Rusia.

Que la luz en los lirios azules, alabando la corriente de un río, nos ayuden a no renegar del género humano.

Así sea, así sea.

.....

### IV

Que no se desborde el Danubio de dolor.

Que no se seque el Mediterráneo de dolor.

Que no mienta la nieve blanca.

Que no mienta la gota de sudor en el hombro moreno de una mujer.

Que no perturbe tus sueños, hija mía, el lamento desgarrador de tu madre.

Que no perturbe tu juego, hija mía, el pánico en los labios de tu madre.

Que nadie te relate jamás la historia de aquellos hombres a los que ataban, de dos en dos, a orillas del Danubio, en Budapest. A los que enlazaban, de dos en dos, un zapato de cada uno. A los que sólo mataban de un tiro a uno de ellos. A los que, el otro, caía al río arrastrado por el cuerpo asesinado de

su siniestra compañía. Que nadie te relate jamás la historia de aquellos hombres asesinados a la orilla del bello Danubio. La historia de los judíos asesinados a la orilla del bello Danubio.

Así sea, así sea.

.....

## V

Que la clemencia de tu corazón te enseñe a no hacer preguntas, Basilisa. Que cuando te digan que dejas Valencia; que cuando llegues, entre frío y desesperación, a la frontera francesa no hagas preguntas, Basilisa. Que no te detengas cuando veas a los que se van quedando en el camino, Basilisa. Que no tengas tiempo de pensar en tu soledad, en el absurdo de los días que te alejan de tus deseos y de tu familia, Basilisa. Que sea clemente tu corazón y te regale alguna imagen hermosa, algún recuerdo hermoso que puedas ponerte en el cuello, como una bufanda. Que aquella niña, Rosa se llamaba, haya sido muy feliz. Que tu hermanita Catalina haya sido muy feliz. Que tu abuelo, el de las barbas largas y el libro entre las manos, haya sido muy feliz. Que tu abuela, la que te peinaba con colonia y te colocaba la falda antes de que salieras de casa, haya sido muy feliz. Que nadie te relate jamás, Basilisa, la capacidad humana de soportarlo todo.

Así sea, así sea.

.....

## VI

Que nazcamos sin ojos, sin manos. Que muramos al nacer, Basilisa.

Que en la muerte se salve una palabra todavía no dicha y que podamos grabarla sobre las aguas y los caminos que nos llevarán a ninguna parte.

Que no sea verdad el relato de aquella anciana judía que se quemó el brazo con una plancha cuando la liberaron del campo de concentración y no quería tener, sobre la piel aún joven, el número que la hacía, en orden matemático, rehén de tamaña atrocidad.

Que no sea verdad el relato de aquella anciana judía que, en el campo de concentración, fue destinada a los barracones donde su juventud y su belleza la hacían prostituta de los verdugos.

Que no sea verdad el pánico delimitando la silueta de nuestros cuerpos cuando los camaradas soviéticos entraron en Budapest.

Que no sea verdad cuando se llevaron a Basilisa a un campo de concentración cerca de donde Marina Tsvietáieva se había quitado la vida, en la Unión Soviética.

Que no sea verdad el uniforme de ninguno de estos soldados, la carcajada simbólica de ninguno de estos soldados, la desvergüenza de ninguno de estos soldados.

Que no sea verdad el miedo que puede convertirnos en indignos, en seres crueles, en cobardes sin escrúpulos.

Así sea, así sea.

.....

## VII

Para que las calles no estén atestadas de perros abandonados, enfermos, hambrientos.

Para que las calles no estén atestadas de vacíos y desapariciones, del sonido lejano de unas botas vagabundas.

Para que el río no esté infectado de los gritos de aquellos que eran arrojados al Danubio, vivos, con un hombre muerto atado a sus pies.

Para que la inteligencia que proyectó los puentes que te conducen de uno a otro lado de la ciudad, de Buda a Pest, recuerden el nombre de los hombres justos.

Para que los lirios azules en la mano de aquella vendedora, ante la iglesia de Mathías, me ayude a continuar el viaje.

Para que los ojos limpios de aquellas mujeres, en la frontera, me ayuden a continuar el viaje.

Para que no abominemos de los seres humanos:

recordemos el nombre de los hombres justos.

Así sea.

## **Bibliografía**

SANTIAGO BOLAÑOS, Marifé (2007): *El día, los días*. Madrid: Calambur.

— (2010): *La canción de Ruth*. Madrid: Bartleby.

— y GÓMEZ BLESA, Mercedes (2016): *Debes conocerlas*. Madrid: Huso.

WOOLF, Virginia (1977): *A Room of One's Own*. London: Triad Grafton Books.

YOURCENAR, Marguerite (1983): *Alexis o el tratado del inútil combate*. Madrid: Alfaguara, Traducción de Enma Calatayud.

— (1982): *Memorias de Adriano*. Barcelona: Edhasa, Traducción de Julio Cortázar.